

LA ACOGIDA

“Se suscitó entre ellos una discusión sobre quién sería el más importante. Entonces Jesús, conociendo los pensamientos de sus corazones, tomó de la mano un niño, lo puso a su lado y les dijo: -El que acoge a este niño en mi nombre, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, acoge al que me ha enviado. Pues el más pequeño de vosotros es el más importante-“. (Lc 9, 46-48)

La acogida de Jesús por los que sufren está cargada de una calurosa humanidad, que se expresa a través de gestos de compasión, de ternura. Jesús no esquiva la dificultad. No hace como si no viera. Jesús no pasa de largo. Se detiene allí donde la persona sufre o cae. Jesús se acerca. Acercarse es una de las condiciones para acoger. Y he aquí que Dios mismo mendiga una respuesta de nuestra parte al deseo que tiene de acogernos. Ciertamente Jesús sabe muy bien de qué tenemos necesidad, pero quiere que lo contemos nuestra vida. Como para acogernos mejor...

El Evangelio vivo en lo cotidiano de nuestra vida es Jesús mismo como hecho de comunicación. Se trata de facilitar el encuentro en cada hombre y mujer con él, actuando, acogiendo y potenciando lo humano como él lo hizo. *“La ciencia del corazón es la clave. Hay una ciencia escondida y poco practicada que nos podría orientar sobre los movimientos del corazón, de la interioridad, que nos daría las claves para descubrir al Dios de la Vida. Y para practicar dicha ciencia, la ciencia de los santos, la de los pequeños y tal vez marginados de nuestra cultura, necesitamos una atención particular, un talante sencillo que sepa dejarse llevar dócilmente por sus mociones”.* (Xavier Quinzá “Signos de Dios en lo cotidiano”). Esto es ACOGER. Pero recordemos ahora lo que nos dice el Papa Francisco en “Amoris Laetitia”:

<Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad. Se puede estar plenamente presente en el otro si uno se entrega “porque sí”, olvidando todo lo que hay alrededor. El ser amado merece toda la atención. Jesús era un modelo porque, cuando alguien se acercaba a conversar con él, detenía su mirada, miraba con amor (cf Mc 10,21). Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y gestos eran expresión de esta pregunta: “¿Qué quieres que haga por ti?” (Mc 10,51). Eso se vive en medio de la vida cotidiana de la familia. Allí recordamos que esa persona que vive con nosotros lo merece todo, ya que posee una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre. Así brota la ternura, capaz de “suscitar en el otro el gozo de sentirse amado”. Se expresa, en particular al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presenta de manera evidente>.

(*Amoris Laetitia*, 323)

LA ACOGIDA

¡Sed acogedores! ¡Por Dios! ... nunca mejor dicho.

“... El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo de encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura...” (EG 88)

“... Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos...” (EG 91)

Acoger supone armonizar la inteligencia y el corazón. Pero el cristiano está llamado a ir más allá, está llamado a situarse en el plano de la fe para reconocer en el otro el rostro de Cristo.

“Más que nunca necesitamos de hombres y mujeres que, desde su experiencia de acompañamiento, conozcan los procesos donde campea la prudencia, la capacidad de comprensión, el arte de esperar, la docilidad al Espíritu, para cuidar entre todos a las ovejas que se nos confían de los lobos que intentan disgregar el rebaño. Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento, despertar el deseo del ideal cristiano, las ansias de responder plenamente al amor de Dios y el anhelo de desarrollar lo mejor que Dios ha sembrado en la propia vida...” (EG 171)

Acoger es compartir un poco (o mucho) de uno mismo, entregarse también uno mismo con el riesgo de la amistad.

“Recordemos cómo Jesús invitaba a sus discípulos a prestar atención a los detalles. El pequeño detalle de que se estaba acabando el vino en una fiesta. El pequeño detalle de que faltaba una oveja. El pequeño detalle de la viuda que ofreció sus dos moneditas. El pequeño detalle de tener aceite de repuesto para las lámparas por si el novio se demora. El pequeño detalle de pedir a sus discípulos que vieran cuantos panes tenían. El pequeño detalle de tener un fueguito preparado y un pescado en la parrilla mientras esperaba a los discípulos de madrugada”. (Gaudete et Exsultate, 144)

LA ACOGIDA

“La comunidad que preserva los pequeños detalles del amor, donde los miembros se cuidan unos a otros y constituyen un espacio abierto y evangelizador, es lugar de la presencia del Resucitado que la va santificando según el proyecto del Padre...” (Gaudete et Exsultate, 145).

Acoger es tarea y misión. Estamos llamados a ser personas acogedoras, comunidades acogedoras...

“Como no puedes entender a Cristo sin el reino que él vino a traer, tu propia misión es inseparable de la construcción de ese reino: -Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia- (Mt ,33). Tu identificación con Cristo y sus deseos, implica el empeño por construir, con él, ese reino de amor, justicia y paz para todos. Cristo mismo quiere vivirlo contigo, en todos los esfuerzos o renuncias que implique, y también en las alegrías y en la fecundidad que te ofrezca. Por lo tanto, no te santificarás sin entregarte en cuerpo y alma para dar lo mejor de ti en ese empeño” (Gaudete et Exsultate, 25)

Primero escuchar a Dios... para escuchar al amor...

“Escuchar al amor es escuchar al otro, a la otra que nos llama. Ya que amamos no porque sentimos más o menos intensamente, sino porque transformamos y nos dejamos transformar por el amor. El amor se manifiesta más en obras que en palabras, porque es una fuerza que circula, nos altera la interioridad y nos organiza de otro modo nuestra relación con el mundo... El amor no es solamente una fuerza de commoción interior, sino que sobre todo es una realidad que afecta a nuestro cuerpo y a nuestra manera de relacionarnos con los otros seres corporales y también las otras realidades. Es decir, amar no nos permite dejar las cosas como están. Amar nos obliga a poner en práctica la misma fuerza del amor, a transformar a los seres a quienes amamos. Por eso la mejor forma de amar, desde el mensaje de Jesús, es vincularnos a la vida de los otros, meternos en su piel, ponernos en su lugar, es decir solidarizarnos con su gozo y también con su sufrimiento...” (Xavier Quinzá “Signos de Dios en lo cotidiano”)

ACOGER es SER IGLESIA...

“Ser Iglesia es ser Pueblo de Dios, de acuerdo con el gran proyecto del amor del Padre. Esto implica ser el fermento de Dios en medio de la humanidad. Quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios en este mundo nuestro, que a menudo se pierde, necesitado de tener respuestas que alienten, que den esperanza, que den nuevo vigor en el camino. La Iglesia tiene que ser el lugar de la misericordia gratuita, donde todo el mundo pueda sentirse acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio” (EG 114)

Arturo Ros Murgadas (Obispo Auxiliar, Valencia).